



Vol. 14, Num. 1, Fall 2016, 80-101

**En torno al diálogo: Gustavo Díaz Ordaz, Carlos Monsiváis y Luis
González de Alba**

Melissa González-Contreras

University of Maryland—College Park

El movimiento estudiantil y la masacre suscitada el dos de octubre de 1968 han sido ampliamente estudiados desde distintas disciplinas y bajo diversos enfoques, propósitos y perspectivas. A cerca de cincuenta años de distancia, sigue siendo importante el análisis de qué y cómo se recuerdan estos hechos. Eugenia Allier Montaño en su estudio, “El movimiento estudiantil de 1968 en México: historia, memoria y recepciones,” distingue las dos memorias dominantes en torno a estos acontecimientos: la memoria de denuncia y la de elogio. Distingue un primer periodo (1969-1977) en el que predomina la memoria de denuncia a la represión ligada a la recriminación de los crímenes que continúan impunes, así como la explicación de que la herida causada en el pasado reciente continúa abierta (Montaño 17). En el segundo periodo (1977-1985) sigue predominando la memoria de denuncia. Sin embargo, el liderazgo es tomado por partidos de izquierda y otras organizaciones sociales. Sus demandas giran en torno a la libertad de los presos y presentación de los desaparecidos políticos. A partir de 1986 empieza un periodo de elogio o celebración del movimiento estudiantil al considerarse un hito en la historia nacional reciente. La atención pasa de centrarse en las acciones gubernamentales a tomar como eje la acción del movimiento en sí. El último periodo que Montaño distingue (1993-1999),

representa una reactivación de la denuncia en la que se exige juicio y castigo a los responsables, la verdad de lo ocurrido y la apertura de los archivos. Al igual que la memoria de denuncia presenta modificaciones en este periodo la memoria de elogios, también presenta cambios fundamentales puesto que ya no proviene exclusivamente de las filas de izquierda, sobre todo a partir del año 2000. En la actualidad ambas memorias parecen convivir de manera complementaria en el espacio público (Montaño 18). De manera análoga, la literatura surgida a partir de dicho movimiento responde a una valoración particular de los acontecimientos.

En este estudio analizo tres textos que, si bien fueron gestados con relativamente poco tiempo de separación, responden a visiones y fines disímiles. Asimismo, difieren la concepción y recepción de cada texto. El primero es el cuarto Informe de Gobierno leído por el Presidente Gustavo Díaz Ordaz (1911-1979) el primero de septiembre de 1968. La presentación de éste es una responsabilidad del presidente en turno, dictada por la Constitución, en donde brinda un informe de labores ante el congreso de la unión. El segundo texto que examinaré es la colección de crónicas *Días de guardar* de Carlos Monsiváis (1938-2010), publicada dos años después de los acontecimientos del dos de octubre. El tercer y último texto se trata de la novela escrita desde la cárcel de Lecumberri en 1971 por Luis González de Alba, *Los días y los años*. El primero fue leído a la nación un mes antes del evento que culminaría en la disolución del movimiento estudiantil y emitido por y desde la máxima tribuna de la nación con el alcance que le brinda la cobertura de los medios de comunicación nacionales. Por su parte, los textos de Monsiváis y González de Alba ofrecen una visión retrospectiva con respecto a los acontecimientos, cuentan con un alcance mucho más limitado y se distinguen por ser una aproximación analítica de los eventos. Sin duda, los tres contribuyen a mayor o menor grado en la fomentación de las memorias que Montaño señala. Quizás la interrogante principal en torno a esta temática continúe siendo qué fue lo que verdaderamente sucedió. Propongo un enfoque en el tema del diálogo para intentar un acercamiento y una parcial respuesta a la pregunta puesto que concibo el diálogo y la importancia de la lengua como factores importantes en el surgimiento del movimiento estudiantil y los eventos que le siguieron. Este tema aparece reiteradamente en los textos antes mencionados. Aunque siguiendo fines disímiles, Luis González de Alba, Carlos Monsiváis y Gustavo Díaz Ordaz sostienen que, dadas las circunstancias del momento, el diálogo representa el camino más viable a la solución del conflicto. Por medio de las intersecciones de los textos y mi lectura con respecto al tema del diálogo en los mismos, en el presente

estudio me propongo demostrar cómo los textos señalan la falta de entendimiento que deviene de la ausencia de diálogo y las diferencias irreconciliables entre los grupos, como factores que directamente conducen a los eventos atroces del dos de octubre y a la subsiguiente desintegración del movimiento estudiantil.

Una de las circunstancias que mejor explica el ambiente bajo el que se desarrolla el movimiento estudiantil y su trágico desenlace sea a través del compromiso que México contrajo ante el mundo como sede de los decimonovenos Juegos Olímpicos. La amenaza que, a ojos del Estado, representa el movimiento estudiantil con respecto a este acontecimiento y a la imagen de México que se pretende exportar al extranjero es un claro determinante de las acciones gubernamentales en contra de los jóvenes estudiantes. Asimismo, es uno de los detonadores principales que condiciona las reacciones de un vasto sector de la población nacional. Keith y Claire Brewster señalan el carácter irónico de las Olimpiadas celebradas en la capital mexicana en 1968 ya que en la misma ciudad donde se estaban congregando jóvenes de todo el mundo en señal de la celebración de la paz y vitalidad, las vidas de sus propios jóvenes estaban siendo brutalmente reprimidas (814). La organización de un evento de esta índole supone un gran reto para el país organizador y México no fue la excepción. México fue el primer país latinoamericano en organizar este evento y su éxito representaría, además, la apertura de México hacia el mundo. El proyecto que surge a raíz de la organización de los Juegos Olímpicos es, en gran parte, la proyección de una imagen definida del país. En mayo de 1968, Roberto Casellas—director de relaciones públicas del comité encargado de la organización de las Olimpiadas—lo define de la siguiente manera:

On this occasion Mexico wishes to show its true image to the world. We want to do away with the picture of the Indian sleeping his eternal 'siesta', and with the dramatic representation of a country plagued by revolutions. While both of these images may have been representative of Mexico's past, they are no longer true in the present. We want to make known our progress in the fields of science and technology. We want to show the inspired works of our artists, the charm of our cities, the great natural beauty of our countryside and our achievement in modern architecture. (citado por C. Brewster 37)

El proyecto delineado por Casellas, por lo tanto, busca dejar atrás las imágenes que habían imperado de México y que lo representan como un país social, política y económicamente atrasado con el fin de proyectar la imagen de la moderna nación mexicana.

Ahora bien, ¿Cómo afecta el movimiento estudiantil el génesis de la nueva imagen mexicana? El entonces presidente, Gustavo Díaz Ordaz, en su cuarto Informe a la Nación hace hincapié en que los “desórdenes” juveniles suscitados en el mundo con frecuencia coinciden con la celebración de un acto de gran importancia. Subsecuentemente, alude a los recientes conflictos en la Ciudad de México en los que, según él, se intenta, “sembrar el desorden, la confusión y el encono, para impedir la atención y la solución de los problemas, con el fin de desprestigiar a México, aprovechando la enorme difusión que habrán de tener los encuentros atléticos y deportivos, e impedir acaso la celebración de los Juegos Olímpicos” (Díaz Ordaz, “Discurso presidencial” 195). El movimiento estudiantil representa un peligro para la instauración de la nueva imagen de México. Es decir, se teme que el comportamiento de un sector de la sociedad pueda revelar fraudulentamente las aspiraciones de México de erigirse como una nación primermundista (C. Brewster 33).

Para mejor entender la reacción estatal contra el movimiento estudiantil y la postura defensiva que lo caracterizó con respecto a la instauración de una nueva imagen nacional, conviene analizar aspectos cruciales en la relación Estado-pueblo. Es de importancia tener en cuenta que México se caracteriza en este momento por un fuerte nacionalismo oficial. En este fuerte Estado nacionalista, la nación es vista como una metafórica gran familia y, dentro de ella, el presidente se yergue como la figura paternal por antonomasia. Éste representa al padre energético, pero bien intencionado e incapaz de lastimar a sus hijos. He aquí un indicio para entender la incredulidad a raíz de la fuerza y represión llevada a cabo a lo largo del desarrollo del movimiento estudiantil. El autoritarismo presidencial, por ende, incorpora a la mayoría de grupos y organizaciones que coexisten dentro de las filas del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y es capaz de conciliar los distintos lenguajes e intereses (Aguayo Quezada 28).

Nos situamos ante un México que celebra su conformación homogénea ocultando celosamente sus fisuras, puesto que “...no existen ni pueden existir grietas en un país consagrado a las causas comunes y en el cual la individualidad, en materia de gobierno, es idéntica a la invisibilidad. México es uno” (Volpi 44; énfasis original). Carlos Monsiváis también relaciona la nación con una “enorme familia” en pos de una “empresa fraternal” en la que, entre parientes, es posible la reconciliación y el diálogo. A pesar de la aparente estabilidad, unidad y paz mexicana que provee el padre de la patria, Monsiváis distingue la contraparte menos nítida: la imposibilidad de que alguien no esté de acuerdo con dicha parentela. Es decir, la incapacidad de permitir la

disidencia, “México nos iba enseñando la inutilidad de discrepar, la imposibilidad ontológica de convertirse en outsider” (citado por Volpi 43-44; énfasis original). Si por un lado se presume la armonía mexicana, por el otro domina un gran terror de que ésta se desmorone o de que se muestre como la ilusión que es.

En consecuencia, el nacimiento y desarrollo del movimiento estudiantil es visto como una amenaza a la instauración de la imagen que se espera erigir de la nación en torno a los Juegos Olímpicos. Los estudiantes y sus seguidores se han declarado abiertamente descontentos con el parentesco antes señalado. El movimiento estudiantil, por lo tanto, surge dentro de un contexto de alabanza de la paz mexicana. Incluso, a raíz del descontento estudiantil en otras partes del mundo, particularmente el de París, la opinión pública mexicana se empeña en insistir en que nada parecido ocurriría en México. De la misma manera, la mayor parte de la prensa nacional se dedica a alabar la supuesta paz mexicana (Volpi 167). Sin embargo, así como estaba ocurriendo en Estados Unidos y en Europa, también en México los jóvenes logran darle voz a su inconformidad social y política (K. y C. Brewster 820). Sergio Zermeño destaca las diferencias entre el movimiento estudiantil en México y aquellos que surgieron en otras partes del mundo. En primera instancia, enfatiza que el sistema mexicano no permite puntos intermedios y la alianza de organizaciones en la oposición. En estas condiciones el movimiento estudiantil surge:

como una rebelión estudiantil contra la predeterminación del campo institucional establecida por el Estado fuerte; sus primeros pasos constituyen la negación espontaneísta de la única vía permitida para la participación: la participación política dependiente. Es a partir de ese momento de ruptura espontánea, de fecundación de un sector de oposición en el campo vivo de la acción, que se abre una carrera contra el tiempo para los cuadros dirigentes estudiantiles. [...] en el transcurso mismo de esta coyuntura es preciso organizar al estudiantado, orientarlo hacia los otros sectores populares, evitando con ello que las demandas y el propio aparato directivo sean recubiertos nuevamente por la vía institucional y la negación. [...] Se trataba entonces de una carrera contra el tiempo porque había que dar nacimiento en unas cuantas semanas a un polo de oposición organizado y a sus mecanismos de continuidad. (Zermeño 116)

Sin lugar a dudas, uno de los principales aportes del movimiento estudiantil, es que independientemente de su corta vida, logró borrar el prestigio de estabilidad política que había caracterizado a México en los últimos cuarenta años (Zermeño 23).

Como es sabido, uno de los rasgos que más se destacan del movimiento estudiantil es la marcada represión sufrida por parte de las fuerzas gubernamentales. Según Sergio Zermeño—y como lo constata la información a la que se tiene acceso

con respecto al movimiento estudiantil—no se ha logrado desmentir la hipótesis de una abierta provocación al estudiantado por parte del gobierno. Sin embargo, existen muchas teorías con respecto a qué se perseguía con dichas provocaciones (Zermeño 21). Hace notar, asimismo, que las exigencias del movimiento no se solucionan regularmente por la negociación sino por el enfrentamiento, el choque y la represión. Zermeño alude a una pregunta importante para este estudio, ¿en qué radica exactamente la incompatibilidad entre ambos grupos? Me sostengo de esta pregunta para ratificar que la no conciliación entre el gobierno y el estudiantado y los sectores que lo apoyan, se debe en gran parte a la falta de entendimiento que deviene de las diferencias entre los lenguajes e intereses y la subsecuente carencia de diálogo.

Antes del análisis de los textos de Gustavo Díaz Ordaz, Carlos Monsiváis y Luis González de Alba quisiera hacer hincapié en el rol fundamental que ocupó el diálogo en torno al desarrollo del conflicto. Carmen Benito-Vessels en su libro *La palabra en el tiempo de las letras. Una historia heterodoxa*, al hablar sobre la pluralidad de lenguas durante la época medieval y el Siglo de Oro, expresa que la lengua representaba un camino para las artes de la paz, “Había tantas lenguas como naciones y las discordias entre ellas surgieron del desconocimiento mutuo de sus lenguas” (213). La incompreensión de la lengua del “otro,” por lo tanto, impide la paz y la amistad. Considero que este planteamiento continúa teniendo relevancia en el México de 1968. Antes mencioné que la nación mexicana era concebida por el Estado y los sectores asociados al poder como una gran familia a cuya cabeza se encontraba el Presidente capaz de reconciliar a los miembros de esta familia y de armonizar las distintas lenguas. En consecuencia, desde el momento en que los estudiantes se declaran en desacuerdo con la parentela impuesta, el Estado juzga los lenguajes incompatibles. El diálogo, por lo tanto, se torna casi imposible. No obstante, durante el desarrollo del movimiento estudiantil el diálogo adquiere un papel fundamental y en un momento llega a considerarse una posibilidad.

Un mes antes del Informe del primero de septiembre, desde Guadalajara, el Presidente ofrece un breve discurso que se ha popularizado con el hombre de “La mano tendida.” En éste, el Presidente emite un llamado a la unidad:

A eso exhortamos a los mexicanos todos [...] a olvidar el amor propio, a disminuir diferencias, a acercarnos, por lo mucho que nos une y volver a la tranquilidad tan necesaria que favorece, que beneficia a todos [...] para servir a nuestra patria. Una mano está tendida: es la mano de un hombre que a través de la pequeña historia de su vida ha demostrado que sabe ser leal. Los mexicanos dirán si esa mano se queda tendida en el aire o bien esa mano, de acuerdo con la tradición del mexicano [...] del verdadero, del genuino, del

auténtico mexicano, se vea acompañada por millones de manos que, entre todos, quieren restablecer la paz y la tranquilidad de las conciencias. (Díaz Ordaz, “La mano”, 228-229)

La aparente disposición de la mano del Presidente como padre de la gran familia, se convertirá en una mano que golpea y es capaz de destrozar dado el poder que ostenta. Jorge Volpi insiste en que lo dicho por el Presidente es de igual manera un chantaje, ya que si los mexicanos decidían dejar la mano en el aire ellos serían los únicos culpables de que la mano se sintiera ofendida y estuviera dispuesta a castigar. El autor insiste en que la aparente apertura por parte de Díaz Ordaz, “no representaba una voluntad permanente de dialogar, sino un regalo, una liberalidad del monarca; la mano cerrada era la regla, no había que olvidarlo. El protocolo del palacio exigía el silencio y la represión” (Volpi 232). En el Informe del primero de septiembre se constatará cómo los estudiantes ya no son considerados verdaderos y genuinos mexicanos. Es decir, ya no caben dentro de la concepción del auténtico mexicano de acuerdo a la visión del Presidente de la República. Además, el rechazo de la paternal disposición se convertirá en un mecanismo de justificación frente al uso de la fuerza.

Para los estudiantes, el diálogo con el gobierno en un comienzo representa un arma de doble filo. Por un lado, podría implicar la paralización de la acción y la institucionalización del movimiento, pero, por el otro, rechazarlo también representaría una gran incongruencia (Zermeño 122). Sin embargo, el diálogo termina por convertirse en un imperativo. El 22 de agosto el secretario de Gobernación, Luis Echeverría, convoca a los estudiantes a un diálogo “franco y sereno.” El Consejo Nacional de Huelga (CNH)—único organismo que sostendría el esperado diálogo con los representantes del gobierno federal—se muestra de acuerdo siempre y cuando el diálogo se efectuara de manera pública (Volpi 263). Se produce un gran desconcierto por el silencio que le sucede al ofrecimiento de Echeverría. Varios de los sectores simpatizantes del movimiento, entre ellos el sindicato de electricistas, apoyan el imperante diálogo (Zermeño 122-123). Antes del ofrecimiento por parte de Luis Echeverría, el 31 de julio, Alberto Domingo, jefe de redacción de Siempre, ya había señalado la importancia del diálogo: “si las autoridades gubernamentales se alejan del diálogo, ¿no están arriesgando el precedente peligroso de hacer creer a los jóvenes que, por incompatibilidad irreductible de intereses, ya nada tienen que dialogar con ellos?” (citado por Volpi 228). Luego de la masacre del dos de octubre los diputados panistas también acusan al presidente Díaz Ordaz de mostrarse renuente al diálogo y a la concesión (Luna 123). Como lo ejemplificaré a continuación, en su cuarto Informe

de Gobierno, Díaz Ordaz justamente hará patente la incompatibilidad de lenguas e intereses. Por su parte, Carlos Monsiváis y Luis González de Alba responden a los postulados del Presidente y ofrecen sus propias interpretaciones al respecto.

Aunado al tema del lenguaje y el diálogo, considero oportuno explorar la manera en que cada uno de los textos que abordaré trata la temática del movimiento estudiantil y la masacre del dos de octubre en la que culmina. Asimismo, es importante considerar el tipo de texto desde el que cada autor elige exponer sus percepciones y la visión que proyectan del estudiante frente al Estado con el fin de un paulatino acercamiento a la función ontológica del lenguaje y el diálogo. Los textos fueron gestados y hechos públicos dentro de un lapso de tres años (1968, 1970 y 1971), y el orden en que los presentaré sigue una línea cronológica.

Los textos existentes en torno a lo acaecido en la capital mexicana en 1968, ya sea escritos durante o después de los acontecimientos, entran a formar parte de un esfuerzo que pretende explicar, asimilar o proyectar los sucesos. Juntos conforman un archivo sumamente variado constituido por una vasta gama de aproximaciones discursivas (reportajes, cartas, crónica, testimonio, novela, entre otras). No obstante, desde este archivo pueden advertirse algunas constantes. Una de ellas es el anhelo de instaurar una verdad a partir de la legitimidad histórica. Sin embargo, ¿Cómo logra un escritor, político, teórico o periodista inscribir un acontecimiento dentro de la Historia mediante el acto de la escritura?

En el contexto que nos ocupa, México atraviesa por un periodo de fuerte sentimiento nacionalista donde el presidente ocupa el escalón más alto, instaurándose como el padre de la gran familia mexicana. Mediante el gran poder que ostenta, su opinión define la versión oficial de los hechos. El Informe de Gobierno mediante el cual se dirige Gustavo Díaz Ordaz a la nación el primero de septiembre de 1968 establece la visión oficial en torno al movimiento estudiantil y, a su vez, condiciona la versión que es exteriorizada por los medios de comunicación que alinean su postura a los postulados estatales. Un mes antes de la lectura de este Informe, desde Guadalajara, Díaz Ordaz había exteriorizado su opinión con respecto a la patente inconformidad por parte del cuerpo estudiantil y otros sectores simpatizantes en la Ciudad de México. En este “Llamamiento a la unidad,” Díaz Ordaz describe la situación como, “deplorables acontecimientos [...] estoy entre los mexicanos a quienes más les haya herido y lacerado la pérdida transitoria de la tranquilidad en la capital de nuestro país por algaradas en el fondo sin importancia” (“La mano tendida” 228). Mientras que en este documento no le confiere importancia a los motivos de los

“deplorables acontecimientos,” en el Informe del primero de septiembre queda constatada la función principal del movimiento estudiantil: el desprestigio de México aprovechando la mirada del mundo entero debido a la celebración de los Juegos Olímpicos. Asimismo, en este documento le resta autenticidad e importancia al movimiento:

De algún tiempo a la fecha, en nuestros principales centros de estudio, se empezó a reiterar insistentemente la calca de los lemas usados en otros países, las mismas pancartas, idénticas leyendas, unas veces en simple traducción literal, otras en burda parodia. El ansia de imitación se apoderaba de centenares de jóvenes de manera servil y arrastraba a algunos adultos. (Díaz Ordaz, “Discurso presidencial” 200)

Según lo anterior, el presidente Díaz Ordaz concibe el movimiento estudiantil como una reproducción de los originados en otros países y menoscaba la iniciativa y originalidad de los postulados de los estudiantes mexicanos. No obstante, la rápida organización de este grupo representa la ruptura de la unidad y de la proyección de la nueva visión que se busca instaurar del México moderno. El México que él ha contribuido a formar y que representa está en peligro.

Dado que la nación se puede concebirse por medio de la metáfora una gran familia homogénea, ¿Cómo se justifican las represalias en contra de sus miembros disidentes? En *A critique of Postcolonial Reason*, Gayatri Chakravorty Spivak, mediante la crítica que hace de Immanuel Kant en tanto éste basa su estudio en la inferioridad de un sector particular, llega a la conclusión de que al intentar armar un sistema de pensamiento totalizador Kant se basa en una exclusión. Por lo tanto, cualquier proceso de inclusión parte de uno de exclusión. Antes hice alusión a la visión de Carlos Monsiváis con respecto a la gran familia mexicana y lo que implica: la imposibilidad de renegar del parentesco primigenio. La visión de Spivak ayuda a dilucidar la manera en que el Estado desacredita y desmexicaniza a los estudiantes con el fin de salvaguardar la imagen del México uniforme que pretendía ser. El estudiante, pasa a ser “el otro”. Previo al surgimiento del movimiento estudiantil, y durante su desarrollo, era sabido el gran alcance y poder ejercido por el Presidente y su gobierno. Sergio Aguayo Quezada apunta a un aspecto crucial: el poder que se adquiere mediante el acceso y el control a la información (45). Según Michel Foucault cualquier institución disciplinaria tiene un complejo sistema de control mediante el cual busca controlar la conducta del otro. Agrega, “The perfect disciplinary apparatus would make it possible for a single gaze to see everything constantly. A central point would be both the source of light illuminating everything, and a locus of convergence for

everything that must be known: a perfect eye that nothing would escape and a center towards which all gazes would be turned” (Foucault 173). Este sistema de control es fácilmente transferible al Estado mexicano, donde el Presidente, o padre de familia autorizado para castigar a su hijo disidente, es el punto en el que todo converge. Haciendo gala de su acceso, el Estado puede combatir, controlar y eliminar a quien fuese sospechoso de dudar, criticar o actuar en contra de los intereses estatales. El estudiante, al presentarse como una amenaza, pasa a ser el agresor (Aguayo Quezada 30). Asimismo, gracias al control de la información, y haciendo uso de los medios de comunicación, que en su mayoría se apegaban a los planteamientos estatales por conveniencia, por miedo a represalias o por compartir la misma visión, se aumentaba la peligrosidad y se descalificaba a los disidentes acusándolos de ser malos mexicanos (Aguayo Quezada 92).

Lo anterior es sumamente perceptible en el Informe del primero de septiembre. Muy temprano en el discurso, Díaz Ordaz hace alusión a la tarea del Estado de mantener la unidad, puesto que es “la única entidad capaz de armonizar los diferentes intereses de la comunidad” (“Discurso presidencial” 191). El gobierno, encabezado por el Presidente, es el encargado de homogeneizar la nación. En el Informe, mientras refuta uno de los puntos del pliego petitorio presentado por el CNH con respecto al artículo 145 del Código Penal, Díaz Ordaz trastoca y sobredimensiona los fines del movimiento estudiantil al sugerir que éste colabora con fuerzas extranjeras en contra del Estado mexicano con el fin de desacreditarlo: “¿Debe o no ser delito afectar la soberanía nacional, poniendo en peligro la integridad territorial de la República, en cumplimiento de normas de acción de un gobierno extranjero? ¿Debe ser delito o no preparar la invasión del territorio nacional o la sumisión del país a un gobierno extranjero? Estos son parte del artículo 145 del Código Penal” (“Discurso presidencial” 201). Asimismo, el Presidente culpa a los estudiantes y a sus seguidores de constantes atentados a la libertad y derechos de muchas personas, así como de protagonizar una serie de hechos violentos en contra de los cuales, “se tuvo que usar la fuerza” (“Discurso presidencial” 202). Prosigue con una sutil amenaza:

No quisiéramos vernos en el caso de tomar medidas que no deseamos, pero que tomaremos si es necesario; lo que sea nuestro deber hacer, lo haremos; hasta donde estemos obligados a llegar, llegaremos. [...] Es obligación de todos evitar que aumente el desprestigio y, en lo interno, contribuir a que no se prolongue más la tranquilidad, el desasosiego y la desconfianza. Podría ser demasiado peligrosa una fisura en la sólida integridad de nuestra Patria. (Díaz Ordaz, “Discurso presidencial”, 205)

Por lo tanto, el estudiante representa para Díaz Ordaz una amenaza a la hegemonía y paz nacional y por ello se justifica que este elemento pueda sacarse del entramado nacional. Los estudiantes se convierten en malos mexicanos que actúan en contra de los intereses nacionales y, por ende, se justifica la violencia y represión con que responde el Estado.

Lo anterior nos conduce a un acercamiento a la visión del Presidente en torno al diálogo. Con el fin de demostrar que se ha mostrado abierto a éste, hace referencia al discurso emitido desde Guadalajara donde, según él, extendió la invitación a ver los hechos con objetividad y convocó al diálogo. Con respecto al diálogo el Presidente expresa lo siguiente:

El diálogo verdadero que significa la posibilidad de exponer los propios argumentos, al par que la disposición de escuchar los ajenos; deseos de convencer, por supuesto, pero también ánimo de comprender; *el diálogo, que resulta imposible cuando se hablan lenguajes distintos*; cuando una parte se obstina en permanecer sorda y, más todavía, cuando se encierra en la sinrazón de aceptarlo sólo para cuando ya no haya sobre qué dialogar. (Díaz Ordaz, “Discurso presidencial”, 197-198; énfasis mío)

Según las palabras del Presidente, para este momento se ha roto cualquier posibilidad de diálogo. Éste es una imposibilidad porque las partes que circunscriben el conflicto hablan diferentes lenguajes. El mutuo entendimiento no es asequible dado que los lenguajes son irreconciliables y una de las partes (los estudiantes) se mantiene sorda. Recordemos que la reconciliación y el diálogo son posibles entre los parientes que conforman la familia mexicana, pero ha quedado patente la expulsión del estudiante de la familia que encabeza el Presidente. Claramente los estudiantes han pasado de ser las víctimas del Estado institucionalizado a ser los agresores cuyo lenguaje no trabaja en pos de la fomentación de la unidad nacional. Por ello, Díaz Ordaz asegura que de ser estrictamente necesario ejercerá las facultades que le otorga el artículo 89 de la Constitución, mediante el cual puede, “Disponer de la totalidad de la fuerza armada permanente [...] para *la seguridad interior* y defensa exterior de la Federación” (“Discurso presidencial” 204. Énfasis original). Por lo tanto, mediante el Cuarto Informe de Gobierno, un texto legal emitido desde el estrado de mayor poder de la nación y ante una audiencia multitudinaria, el padre de la familia mexicana impone su visión del movimiento estudiantil y justifica sus acciones venideras—férrea represión y masacre—asegurando que la reconciliación entre los disidentes y el Estado era ya imposible dadas las diferencias irreconciliables de sus lenguas. Ante esto, resalta el cinismo de los supuestos llamados al diálogo por parte del Estado.

Como mencioné al inicio de este trabajo, los tres textos que componen este análisis responden a fines distintos. Asimismo, se proyectan mediante medios discursivos disímiles. El texto del presidente Gustavo Díaz Ordaz responde a un mandato constitucional que cuenta con un alcance extraordinario. Mediante la colección de crónicas *Días de Guardar*, Carlos Monsiváis presenta una visión retrospectiva del movimiento estudiantil y las implicaciones que tuvo en la sociedad mexicana. Si bien su alcance dista mucho de aquel del texto anterior, sí presenta una lectura alterna y contestataria al discurso oficial. Linda Egan describe la naturaleza de la crónica de la siguiente manera:

the contemporary crónica of Mexico is a mestizo form whose generic identity is to be found in the way its function and its form work inseparably. On the one hand, the crónica claims to be a truth-genre pertaining to the field of journalism. At the same time, its ostentatious use of narrative technique aligns it with the field of creative writing. (79)

La crónica se concibe como un género híbrido por medio del cual Monsiváis establece la verosimilitud/veracidad esperada del periodismo, mientras que adorna y sustenta su texto con elaboradas técnicas narrativas confiriéndole complejidad estilística.

Hayden White señala que la historiografía se ha valido de las mismas figuras retóricas que la literatura: “Although historians and writers of fiction may be interested in different kinds of events, both the forms of their respective discourses and their aims in writing are often the same” (121). Los dos desean proveer una imagen verbal de la realidad. Por ello, la historiografía es tanto una forma de ficción como el texto literario una representación historiográfica (White 122). En este respecto, las cualidades literarias que ostenta Monsiváis en *Días de guardar* no desestiman sus esfuerzos por erigir el texto como uno alterno a la historia oficial. En *Días de guardar*, mediante un discurso melodramático y el empleo de la ironía y el sarcasmo, observamos a la población mexicana arrastrada hacia el conformismo cultural y político guiada por el México oficial (Egan 138). El humor juega un rol sumamente importante en el texto: es un guiño a la susceptibilidad del lector. En su texto, Monsiváis, “Instead of bowing to tradition [he] moves its keepers toward modern thinking. He does this by pairing the inward social conduct. Such dualities emerge as unstable binary oppositions that stigmatize the monolithic Otherness of authoritarianism and mark structural change” (Egan 139).

Con el fin de adherirme al tema en cuestión, mi acercamiento al texto de Carlos Monsiváis se limitará a las crónicas de la colección que tratan el tema del movimiento estudiantil de 1968. Asimismo, me anclo en la aserción que hace Linda Egan con respecto al texto de Monsiváis, en el que le adjudica al lenguaje un papel determinante como medio de transformación de la conciencia individual y colectiva, desde donde éste concibe el nacimiento de un estado pluralista (137). Mientras que el texto del presidente Gustavo Díaz Ordaz excluye al estudiante del entramado sociopolítico y lo presenta como un mal mexicano con el fin de justificar sus acciones anteriores y las venideras, Monsiváis busca reivindicar al movimiento mediante un análisis retrospectivo. En “*Dramatis Personae*,” escrito diez años después de los eventos en cuestión, el autor ofrece su visión de lo que el movimiento estudiantil significó para México:

1968 no sólo es la densidad homicida de Tlatelolco. Es también la primera resistencia masiva a la arbitrariedad policial y gubernamental que la capital conoce en varias décadas, la vivencia multitudinaria de expresiones como ‘emoción popular’, ‘resistencia civil’ o ‘aparato represivo’, la sucesión de actos o imágenes que definen dan el tono y el sentido de un momento histórico y de la capacidad de grupos-conjuntos para la grandeza o, incluso, para la indignidad. (Monsiváis xvii)

Monsiváis se niega a definir el movimiento en base a la masacre del dos de octubre ya que esto demeritaría el esfuerzo del cuerpo estudiantil y las repercusiones que tuvo el movimiento en el engranaje sociopolítico del México contemporáneo. Asimismo, Monsiváis alude a la política de exclusión de la que se valió el Estado para desmexicanizar a los estudiantes (“*Dramatis Personae*” xx).

Por su parte, en *Días de guardar* Monsiváis hace referencia a los mecanismos mediante los cuales el Estado busca mantener el tan anhelado orden. Según el autor, el orden entra con sangre: “El orden: el terror. *El orden: la incomprensión*. El orden: el odio. Incomprensión y terror y odio ante lo no consentido [...] en este país nadie sino el Poder tiene voz, tiene derecho a la acción y tiene ideas políticas. Poder es monopolio y exclusividad” (Monsiváis, *Días de guardar* 220; énfasis mío). El autor alude al hecho de que el poder y aquellos que lo engendran, tienen la exclusividad de la palabra. Llama la atención la incomprensión a la que se refiere Monsiváis, ya que a esta apela el Presidente en su discurso para insistir en la importancia del orden. La politización que se produce como consecuencia del movimiento estudiantil en algunos sectores de la sociedad es uno de los factores más estimables para Monsiváis. Lo expresa al narrar lo que ocurría luego de las manifestaciones estudiantiles: la gente

simpatizaba con su causa. Los poderes de la prensa y televisión que presentaban a los manifestantes como traidores, agitadores, comunistas y subversivos, no eran omnímodos:

Algo funcionaba mal en el mecanismo de esos seres sometidos a la diaria hipnosis embrutecedora de los medios masivos de comunicación, o algo funcionaba bien, pese a todo, en aquella entelequia que se ha dado en llamar Conciencia Nacional y que finalmente se decidía a no delegar su responsabilidad en las manos de cualquier otra entelequia, por ejemplo, el porvenir. De balcones, azoteas y aceras vítores y aplausos, porras tímidas, estímulos. [...] no dejaba de conmover esa multitud que trascendía la lluvia y el cansancio porque estaba decidida a apoderarse de su voluntad. (Monsiváis, *Días de guardar* 249)

Monsiváis, sintetiza el surgimiento de una conciencia nacional que parte de la responsabilidad individual y su deseo de “apoderarse de su voluntad,” que indica una paulatina apropiación de la palabra.

Ahora bien, ¿de qué manera determina el lenguaje los acontecimientos en *Días de guardar*? De acuerdo al Informe de Gustavo Díaz Ordaz, el propósito principal del movimiento estudiantil era el de sabotear los Juegos Olímpicos y forjar una imagen negativa de México. En contraposición, Monsiváis asegura que los seis puntos petitorios presentados no hacían más que proyectar la fe en un proceso de justicia moral y legal. El movimiento buscaba el compromiso político, el sentimiento de comunidad y la exigencia de diálogo (Monsiváis, *Días de guardar*, 271). En el discurso de Monsiváis afloran tres términos que funcionan en conjunto: lenguaje, diálogo y silencio. En la sección, “Primero de agosto de 1968. La manifestación del Rector,” Monsiváis alude a la pluralidad de lenguas y confusión que se dio en el momento en que el Politécnico y la Universidad Autónoma se unieron en un esfuerzo común, “La columna era un collage, una manifestación de Babel: se hablaba el lenguaje de la protesta liberal, el lenguaje de la resistencia dogmática, el lenguaje de la decencia ofendida, el lenguaje de la resistencia crítica, el lenguaje del desahogo que cubre el trámite de la indignación, el lenguaje de la incredulidad ante los hechos, el lenguaje de la dignidad recién descubierta” (*Días de guardar*, 252). Dentro del discurso diazordacista la pluralidad de lenguas indica una ruptura con la homogeneidad y un desequilibrio social y político. Por su parte, dentro del movimiento estudiantil, aunque en un comienzo éstas produzcan un cierto caos, se logra la coexistencia. Según Monsiváis, la pluralidad de discursos, “no venían siendo sino la perspectiva del despegue, las palabras iniciales de un cuerpo colectivo que nunca antes había hecho

uso de la palabra” (*Días de guardar*, 271). Al hacer uso de la palabra logran armonizar los distintos lenguajes en pos del bien común.

De manera análoga, en la sección “13 de septiembre de 1968. La manifestación del silencio,” hace patente otro medio de comunicación por parte de los estudiantes: el silencio. La marcha del 13 de septiembre se lleva a cabo en completo silencio y pasa a articular el lenguaje discursivo del movimiento, “El silencio existe como una llamada de atención: nuestra marcha es un discurso. El silencio existe como un castigo: denunciamos y liquidamos décadas de verbalismo inepto” (Monsiváis, *Días de guardar*, 270). Por ende, mediante este nuevo método expresivo, los manifestantes responden al lenguaje autoritario que no ha sabido satisfacer ni entender sus demandas. Monsiváis agrega:

en la adopción del silencio se delineaba la voluntad de adquirir autonomía en el sonido, de enterarse al fin de cuál podría ser el sonido de una sola mano aplaudiendo, de captar el significado de las voces emitidas con decisión autónoma, de chingada a concientización, de pendejo a mediatización. El silencio era desdén ante el atropello, el saqueo semántico... (*Días de guardar*, 272)

El silencio, así como el lenguaje emitido por el movimiento estudiantil, es sumamente significativo puesto que, mediante éste, el ciudadano logra la autonomía de acción, de pensamiento y de palabra simbólica en el ámbito social. Aunada al silencio, Monsiváis complementa la imagen con la V de “Venceremos” y agrega que esta señal le confiere un signo a la derrota en los días que le siguen a la marcha del silencio. La V se opone a los rifles y es la última imagen visible antes de la tragedia. Esto me permite contraponer posturas. Mientras que los estudiantes integran los distintos lenguajes y responden con el silencio al “verbalismo inepto,” el Estado se niega al diálogo alegando la incompatibilidad entre las lenguas y responde por medio del lenguaje de la represión.

La apropiación de la palabra se convierte en un imperativo luego de la represión sufrida el dos de octubre de 1968. La palabra es un mecanismo mediante el cual se busca responder y desmentir la versión oficial de los eventos. Por lo tanto, surgen esfuerzos que se proponen mantener los eventos en la memoria de la población para evitar la desestimación de los logros del movimiento, así como para manifestar la incapacidad que demostró el Estado de entablar un diálogo. La novela de Luis González de Alba, *Los días y los años*, escrita desde la cárcel de Lecumberri donde el autor fue encarcelado luego de ser detenido en la Plaza de las Tres Culturas el dos de octubre, responde a estas necesidades. Daniel Luna señala que desde

Lecumberri salieron los primeros textos que confrontarían la versión oficial de los hechos. Muchos de ellos revelaban la persecución política y el ataque a las libertades individuales de las que eran objeto, así como el uso a discreción de la Constitución. A pesar de su limitada difusión, fueron los primeros textos en socavar la interpretación del Estado en forma coherente, argumentativa e interpretativa. Según Luna, de ellos surge una memoria colectiva:

Construida desde la militancia, la memoria colectiva del 68 se caracteriza por su combatividad. Sus relatos son belicosos, su pragmatismo denuncia la tragedia y convoca a la lucha. Con maestría, estas narraciones han conformado un discurso en el que la lucha del 68 se interpreta como una gesta por alcanzar las ‘libertades democráticas’, funestamente interrumpida por el Estado represor de Díaz Ordaz y su secretario Luis Echeverría. (127)

Los textos escritos como respuesta a lo acaecido el dos de octubre trabajaban en pos de la creación y recuperación de una memoria.

La escritura y la palabra se convierten en un mecanismo de denuncia. De la misma manera es crucial que aquellos directamente implicados exterioricen su visión y experiencia. En *Los días y los años* esta tentativa se constata entre los estudiantes presos en Lecumberri, “Se había pensado en la posibilidad de escribir un relato conjunto que recogiera la experiencia de 1968 vista desde dentro, pero el trabajo estaba muy atrasado” (González de Alba 31). Chris Harris—en su estudio donde justifica que la novela de González de Alba en cuestión y *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska son representaciones fundacionales del ‘68 mexicano—advierde que la novela de González de Alba le permite al lector dismantelar la versión oficial de la historia. Funciona, por lo tanto, como una resistencia al autoritarismo estatal en tanto que desafía la versión oficial e irrumpe en la capacidad estatal de desinformar como estrategia para mantener el poder (Harris 124). En definitiva, la novela de González de Alba expone una conciencia simultánea a la versión oficial, y como tal, se ha convertido en una influencia determinante de la experiencia de 1968 en México.

A lo largo de este trabajo he expuesto distintas aproximaciones al movimiento estudiantil desde textos de conformación disímil. Recapitulando, el informe leído por el presidente Gustavo Díaz responde a una obligación constitucional en la que da a la nación un informe de sus labores como presidente. Desde el puesto de mayor poder en el entramado sociopolítico, el Presidente da su visión de los acontecimientos recientes e instaura una visión definida del movimiento estudiantil. Por su parte, Carlos Monsiváis por medio de su colección de crónicas *Días de guardar*, exterioriza su visión del estudiantado caracterizada por su disonancia con la

oficial. Ahora bien, Luis González de Alba se sirve de una forma literaria para abordar el mismo tema. Una visión panorámica de estos tres textos proyecta un paulatino movimiento hacia la ficción. La metáfora de la familia que ayuda a entender el entramado sociopolítico del momento corrobora, asimismo, a la idea de la ficcionalización como herramienta para el análisis. Brett Levinson, en *The Ends of Literature* comparte la aserción de Octavio Paz para quien en Latinoamérica, “...thought happens in literature, not in its philosophy or political theory” (5). Agrega:

...nowhere more than in Latin America has the literature of the second half of the twentieth century [...] played a more important role both in state formation and in the globalization processes [...] A political task but also a literary one: ends, as we will see, are literature’s specific duty. Closure is the assignment of the literary [...] The present investigation takes up ends, then, precisely when ends and the subsequent exposure to a ‘what else,’ to a transition, press up against us as among our greatest social, cultural, economic, and ethical concerns. (Levinson 3-4)

Levinson se preocupa por los momentos históricos de transición, y 1968 es para México un momento de ruptura desde donde la nación inicia un proceso de reestructuración y pone de manifiesto que la estructura sobre la que se erguía el poder está en peligro de colapsar.

Podemos leer *Los días y los años* como una tentativa por dilucidar al Estado y como un compromiso ético hacia el “otro,” el que queda fuera de lo oficial. La literatura, según Levinson es el espacio para ello, puesto que la literatura es:

the invention of an articulation for the relationality of beings, which no existing semiotics or common sense can supply [...] These are not historical entities but their wandering ghosts and material vestiges, unable to take root, take their place, rest within history [...] literature opens that subject to an engagement, to himself as an obligation to the Other: an engagement we label politics or ethics. An effort to forge a bridge or communication between any two fields, literariness is the condition of novel articulations (the ‘in the name of’ that makes a political affirmation possible), hence of novel communities and communal projects which would craft those senses (26-27).

En consecuencia, *Los días y los años* ofrece una visión del movimiento estudiantil distante a la que se busca instaurar como oficial. Proyecta al estudiantado con dinamismo, importancia y trascendencia. Una de las proyecciones principales de la novela es representar la naturaleza reformativa del movimiento estudiantil. En la novela, el movimiento es definido desde dentro y contrastado con otros originados en diversos países. El personaje principal, Luis González de Alba exterioriza lo siguiente, “las demandas que formularían los estudiantes de otros países serían muy distintas, en apariencia mucho más radicales. En cambio, nosotros seguimos manteniendo

exigencias puramente reformistas. La verdad es que, en nuestro país, tales demandas cobran un carácter no sólo avanzado, sino abiertamente revolucionario en sus consecuencias” (González de Alba 52). Por lo tanto, en la novela, la representación del movimiento se hace mediante imágenes de protesta pacífica permitiendo un contraste con el discurso oficial según el cual los estudiantes eran agitadores armados con la intención de derrocar a un gobierno electo democráticamente (Harris 114). *Los días y los años* es un texto complejo donde el autor combina referencias a datos reales con estructuras y técnicas literarias (Long 362). Por ello, la novela documental de González de Alba es un ejemplo importante de, “nonfiction literature that combines references to the truth with invented characters, aesthetic language, and narrative techniques common to fiction. Like testimonial narrative [it contributes] significantly to a general understanding of the constitutive connections between textual production and the construction of community” (Long 364).

Ahora bien, ¿en qué coadyuva *Los días y los años* al proyecto de instaurar la falta de entendimiento por la disonancia de lenguas y la carencia del diálogo como medio que condujo al trágico desenlace del movimiento estudiantil? En *Días de guardar*, Monsiváis hace alusión a las distintas lenguas que se manejan dentro del movimiento y la consecuente armonía que de ellos surge mientras los contrasta con la respuesta del Estado, la represión. La propuesta de Monsiváis y de González de Alba son ya un anhelo por entablar un diálogo entre los distintos discursos surgidos a partir de lo ocurrido. Se trata de un esfuerzo por armonizar su lenguaje con el resto para ofrecer respuestas y perspectivas que, a su vez, invitan al diálogo. Antes he mencionado que la petición del diálogo público con el gobierno federal por parte del movimiento estudiantil cobró muchísima relevancia. Esto se refleja claramente en *Los días y los años*. Las referencias al diálogo se encuentran a lo largo de la novela, pero proliferan, sobre todo, en los capítulos siete, ocho y trece. Ryan Long asevera que González de Alba patentiza cómo los eventos de 1968 sólo pueden representarse mediante el diálogo y la negociación (373). De hecho, el diálogo y la negociación son también los mecanismos mediante los cuales la novela sostiene que se garantizaría la honestidad de los miembros del CNH y los acuerdos con el gobierno, “el CNH ofrecía el único medio de garantizar la honestidad de las negociaciones: el diálogo público con el gobierno” (González de Alba 84).

En la introducción a este trabajo mencioné el periodo de incertidumbre a consecuencia del silencio que le siguió a la invitación a dialogar por parte del Secretario de gobierno Luis Echeverría. En la novela, la respuesta del gobierno, a

partir de la intervención del Ejército con el fin de desalojar a la guardia dejada en el Zócalo luego de la manifestación del 27 de agosto, rompió la posibilidad de diálogo (González de Alba 117). El narrador hace alusión a la tendencia del Estado mexicano a querer solucionar los problemas detrás de puertas cerradas, “Era la conocida táctica del ‘monólogo mexicano’: parece que hablan dos cuando en realidad sólo hay uno, el gobierno” (117). El narrador considera que el gobierno sí tenía la intención de entablar pláticas, pero no públicas. Sin embargo, este era un punto que no podía transigirse, “el diálogo debía ser público” (130). Se sigue insistiendo en ello mediante la respuesta que el CNH da al Informe de Gobierno de Díaz Ordaz el primero de septiembre:

La disyuntiva que se nos plantea entre aceptar sus soluciones o esperar la represión total, es una falacia más porque no hubo ninguna solución a los puntos mencionados en el informe; los demás no recibieron siquiera la menor atención [...] Hemos planteado siempre y en todo momento que queremos solucionar el conflicto; que para ello iremos al diálogo en cualquier momento, bajo las condiciones que el gobierno exprese. Una sola es nuestra exigencia: que este diálogo sea público, ante toda la nación y que no se pretenda intimidarnos con tanques y policías. [...] Hasta ahora no hemos recibido otra respuesta que el aumento de la represión, las amenazas y las calumnias que pretenden cambiar la opinión pública para volverla desfavorable a nosotros. El orden necesario para la celebración de los juegos olímpicos está al alcance de la mano. (González de Alba 157)

El fragmento anterior reitera el carácter contestatario de la novela frente a un discurso que busca instaurarse como verdadero y que rechaza cualquier otra visión de los hechos. Al igual que en *Días de guardar*, en *Los días y los años* la marcha del silencio es descrita de forma sumamente positiva: representa una reavivación de las esperanzas. En ésta, “El silencio era más impresionante que la multitud. Si los gritos, porras y cantos de otras manifestaciones les daban un aspecto de fiesta popular, la austeridad de la silenciosa era semejante a la de una ceremonia solemne. [...]Nuevamente se abrían perspectivas de triunfo” (González de Alba 172-173). Una vez más, el silencio cobra simbolismo y es capaz de sincretizar pensamientos y lenguajes.

Tras la reunión de la mañana del dos de octubre entre la comisión del CNH y los representantes del gobierno Jorge de la Vega Domínguez y Andrés Caso, queda disuelta cualquier posibilidad del ansiado diálogo público en *Los días y los años*. De la Vega asegura que el gobierno no aceptaría condiciones de ninguna especie: “Dijo que el gobierno estaba en completo desacuerdo y no iría nunca a un ‘circo romano’ como el que pedíamos. Le parecía que tal petición no se hacía de buena fe, sino para llevar al

gobierno a una trampa donde se pediría una exhibición” (González de Alba 254). Lo anterior acentúa el miedo que el Estado tiene de que el movimiento estudiantil ponga al descubierto los mecanismos utilizados por parte de la familia mexicana para proyectar la apariencia de unidad. El tajante “no” al diálogo público y la represión inusitada llevada a cabo esa tarde le dio seguimiento a la amenaza dictada con un mes de anterioridad ante la nación entera por parte del padre de la patria. Éste, ahora daba muestras de su poder mediante un acto de disciplina férrea hacia sus hijos disidentes.

En definitiva, los textos presentados han contribuido de distintas maneras a la instauración y continuación de las memorias en torno al movimiento estudiantil de 1968. Aunque, como he demostrado, los textos responden a propósitos disímiles y proyecciones del movimiento también desiguales, sí proveen perspectivas desde las que el lector contemporáneo puede aproximarse a los acontecimientos. Los tres textos abordan el tema del diálogo y, a distintos niveles, también le confieren gran importancia al lenguaje. En el Informe del entonces presidente Gustavo Díaz Ordaz, éste juzga que el periodo en que el Estado podría haber llegado a un acuerdo con los estudiantes ya ha pasado. Según él, para el primero de septiembre ya no hay de qué dialogar con ellos e insiste en que sus lenguas son tan distintas que impiden cualquier tipo de comunicación. Por su parte, en los textos de Carlos Monsiváis y Luis González de Alba también se aborda la pluralidad de lenguas. No obstante, en sus discursos el diálogo no sólo sigue siendo una posibilidad, sino que es imperante para la solución del conflicto y la consecución de las demandas emitidas por los estudiantes y los sectores de la población que apoyan su causa. Como se ha visto, la empresa fraternal fracasa, el gobierno responde con la aniquilación total de diálogo: la represión a fin de borrar el elemento disidente que amenaza con desestabilizar la llamada paz mexicana.

Obras citadas

Aguayo Quezada, Sergio. *1968: Los archivos de la violencia*. Ciudad de México: Editorial Grijalbo, 1998.

Benito-Vessels, Carmen. *La palabra en el tiempo de las letras. Una historia ortodoxa*. México, D.F: Fondo de Cultura Económica, 2007.

- Brewster, Claire. "Changing Impressions of Mexico for the 1968 Games." *Reflections on Mexico '68*. Ed. Keith Brewster. Malden, MA: Wiley-Blackwell, 2012. 23-45.
- Brewster, Keith and Claire Brewster. "The Mexican Student Movement of 1968: An Olympic Perspective." *The International Journal of the History of Sport*. 26.6 (2009): 814-839.
- Díaz Ordaz, Gustavo. "Discurso presidencial, 1° de septiembre, 1968." *El movimiento estudiantil de México*. Ed. R. Ramírez. México: Ediciones Era, 1969. 189-211.
- . "La mano tendida." *Los parricidas del 68*. Ed. Héctor Anaya. México: Plaza y Valdés, 1998. 228-229.
- Egan, Linda. *Carlos Monsiváis: Culture and Chronicle in Contemporary Mexico*. Tucson, Arizona: University of Arizona Press, 2001.
- Foucault, Michel. *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*. Trans. Alan Sheridan. New York: Vintage Books, 1995.
- González de Alba, Luis. *Los días y los años*. Ciudad de México: Editorial Planeta Mexicana, 2012.
- Harris, Chris. "Luis González de Alba's *Los días y los años* (1971) and Elena Poniatowska's *La noche de Tlatelolco* (1971): Foundational Representations of Mexico '68." *Reflections on Mexico '68*. Ed. Keith Brewster. Malden, MA: Wiley-Blackwell, 2012. 107-127.
- Levinson, Brett. *The Ends of Literature: The Latin American "Boom" in the Neoliberal Marketplace*. Stanford: Stanford University Press, 2001.
- Long, Ryan. "Lecumberri, Fact, and Fiction: The Prison Writings of Alvaro Mutis and Luis González de Alba." *Revista de Estudios Hispánicos*. 40.2 (2006): 361-378.
- Luna, Daniel. "Memoria militante: crítica de la narrativa sesentayochera." *Reflexión y crítica en torno al movimiento estudiantil de 1968. Nuevos enfoques y líneas de investigación*. Ed. Alberto Castrillo Troncoso. México: Instituto Mora, 2012. 119-146.
- Monsiváis, Carlos. *Días de guardar*. Ciudad de México: Ediciones Era, 2010.
- . "1968: Dramatis Personae." *México: Una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*. Ed. Sergio Zermeño. Ciudad de México: Siglo XXI, 1978. xi-xxiv.
- Montaño, Eugenia Allier. "El movimiento estudiantil de 1968 en México: historia, memoria y recepciones." *Reflexión y crítica en torno al movimiento estudiantil de 1968. Nuevos enfoques y líneas de investigación*. Ed. Alberto Castillo Troncoso. México: Instituto Mora, 2012. 13-29.

- Spivak, Gayatri Chakravorty. *A Critique of Postcolonial Reason: Toward a History of the Vanishing Present*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1999.
- Volpi, Jorge. *La imaginación y el poder: Una historia intelectual de 1968*. Ciudad de México: Ediciones Era, 1998.
- White, Hayden. "The Fictions of Factual Representation" en *Tropics of Discourse*. Baltimore: Johns Hopkins Press, 1978. 121-134.
- Zermeño, Sergio. México: *Una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*. Ciudad de México: Siglo XXI, 1978.